

INTERSECCIONES:
POSTMODERNIDAD/FEMINISMO/
LATINOAMÉRICA¹

Liliana Trevizán
State University of New York

Nuestro discurso quiere tomar el riesgo de ser propuesto desde aquel espacio en el que feminismo, postmodernidad y Latinoamérica se articulan para provocar una intersección provocativa y riesgosa. El riesgo empieza desde que nos hacemos cargo de que cada una de las parejas posibles, entre estos tres espacios, entraña un quehacer académicamente problemático: primero, el feminismo como postura crítica puede/ o no/ aceptar ser interpelado por la crítica cultural que propone el postmodernismo. Tal vez debemos parafrasear lo anterior y decir que el pensamiento postmoderno puede/ o no/ aceptar la interpelación que el feminismo le propone. Hay allí un espacio discursivo peligroso y resbaladizo en el cual, sin embargo, existe ya una riquísima discusión abierta a nivel académico. Por otro lado, tenemos —aunque precariamente difundidas— ciertas posturas críticas que interrogan a Latinoamérica desde una perspectiva postmoderna. Tengo que decir también en este caso que, como es sabido, los elementos comprometidos en este diálogo no se encuentran en una posición fácilmente intercambiable, debido a que una cosa es la discusión que en América Latina se ha abierto a partir de una perspectiva postmoderna, y otra bien diferente el (precario) espacio que dentro de la crítica postmodernista se le concede a Latinoamérica; aunque debe ser dicho que —al menos en términos teóricos— la crítica postmoderna ofrece resquicios de participación que nunca antes estuvieron a disposición de Latinoamérica. Finalmente, entendiendo que el Feminismo ha abierto también en Latinoamérica la posibilidad de un discurso crítico renovado y que ha sido capaz de leer la textualidad latinoamericana desde la herida a la que su propia diferencia está expuesta; nos parece necesario asumir el riesgo de explicitar que la discusión actual —enriquecida por la intersección de diversas disciplinas— se abre a un diálogo Norte-Sur, que va a llegar a ser más fructífero en tanto América Latina elabore con mayor independencia los rasgos que identifican su discurso feminista. Para nosotros, no se trata de leer el feminismo en Latinoamérica (solamente), sino también de provocar una lectura en la cual Latinoamérica (y el Tercer Mundo) ofrezca su diferencia como rasgadura que interroga la globalidad del pensamiento feminista.

Nos interesa proponer el feminismo y la crítica postmoderna, como variante problemática que hace más complejo el mapa del discurso latinoamericano contemporáneo, enriqueciéndolo. Partimos de la noción básica de que la mujer ha estado

¹ Una primera versión de este trabajo fue leída (in absentia) en el Tercer Congreso de Culturas Hispánicas, realizado por el Departamento de Literatura de la Universidad de Chile. Santiago, agosto de 1992.

excluida del poder y por ende también del discurso y del espacio simbólico que soporta el imaginario colectivo moderno. A ella le ha sido negado el espacio de “lo público, con su dominio de lo político y su posibilidad de acceder al planteo y la búsqueda de la libertad”, en tanto que se le ha expresado en el plano de “lo privado”, sólidamente asentado en lo doméstico y en lo necesario [y también] en la marginalidad política”. Frente al “problema del poder y en su práctica, las mujeres somos las grandes ausentes”². Por otro lado, en medio de esa crisis del discurso que es la modernidad, surge el espacio mujer como parámetro frente al cual las narraciones maestras³ pueden contrastarse y adquirir sentido, o demostrar su incapacidad de resolver los grandes problemas de la humanidad. Para Alice Jardine “las crisis experimentadas por las grandes narrativas de Occidente no han sido genéricamente neutras, sino que expresan la crisis de las narrativas inventadas por los hombres”⁴. La crisis de legitimidad ha generado una búsqueda de espacios que pudieran haber quedado incontaminados y es irónicamente —entonces que se vuelven los ojos hacia el espacio codificado como femenino. La mujer aparece así como expresión del Otro, como espacio de lo diferente y como vacío en el que es posible capturar la diversidad que ha quedado fuera del discurso moderno. De modo que se puede decir, que la exclusión de la mujer de la modernidad es la que le permite participar del discurso postmoderno.

Leer la diferencia en un texto de mujer, implica también permitir la aparición del texto del deseo, al que Foucault describe articulado por una compleja red de prohibiciones que revelan la relación (subyugada) del texto de la mujer con el poder⁵. Una “estrategia de lectura diferencial”, según Bárbara Johnson, es la que “procede a identificar y dismantelar diferencias, por medio de otras diferencias que no pueden ser totalmente identificadas o dismanteladas. El punto de partida [de esta lectura] es a menudo una diferencia binaria que demuestra ser una ilusión creada por el funcionamiento de otras diferencias mucho más difíciles de descubrir”, sobre todo cuando hay que considerar la cuidadosa operación cosmética que históricamente ha desarrollado la escritura de la mujer latinoamericana.

Julieta Kirkwood propone “tomarse la acción - la idea y el acto” para lo cual es necesario “liberar al propio sujeto mediante un ataque cultural, ataque que consiste en la supresión y la negación de los tabúes y las limitaciones sexuales, las separaciones y encasillamientos arbitrarios, para devolver la práctica sexual al ámbito de la libertad de opción”⁶. De modo que el tabú sexual aparece como elemento central en la constitución del discurso feminista latinoamericano, contrario a lo que parecieran creer quienes quieren articular(nos) un discurso apropiado para leer(nos) desde los centros hegemónicos.

² Julieta Kirkwood, *Ser Política en Chile: Las Feministas y los Partidos* (Santiago: FLACSO, 1986) p. 198.

³ Cuando digo “narraciones maestras” estoy usando el término que usa J.J. Brunner para decir en castellano lo que Lyotard llama “narratives” (of legitimation) y que también nombramos en este trabajo como “metarrelatos” “grandes narrativas”. Para el concepto, ver: José Joaquín Brunner, “Notas sobre la modernidad y lo postmoderno en la cultura latinoamericana”, en *David y Goliat* 17, 52 (septiembre de 1987) y Jean François Lyotard, *The Postmodern Condition: A report on Knowledge*, trad. Geoff Bennington y Brian Massumi, Prólogo de F. Jameson (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1984).

⁴ Alice Jardine, *Gynesis, Configurations of Woman and Modernity* (Ithaca: Cornell University Press, 1986) p. 24.

⁵ Ver Michael Foucault, “The Discourse on Language”, *The Archaeology of Knowledge* (New York: Pantheon Books, 1972): 215-237.

⁶ Kirkwood, ob. cit. p. 202.

Un complejo tramado de relaciones hace posible pensar que la literatura de mujeres latinoamericanas revela la estrecha relación que existe entre el poder y la sexualidad en nuestra sociedad. Ya que el sujeto de ese discurso escribe desde una posición subordinada y que su retórica ha sido históricamente la del ocultamiento⁷, no resulta difícil leer su escritura desde el espacio de la marginalidad, lo cual es ya una metáfora de uso en la crítica feminista, a la que nos interesa adherir porque encontramos terriblemente poderosa la idea de que la marginalidad puede ser, además, un espacio “diferente”. Se trata de expresar ese espacio en el cual el conflicto aparece y a la vez se oculta. Nos interesa insistir en la diferencia como noción que se enriquece en su vaguedad y cuya (no) lógica es la de expresar lo diverso y no la de analizar sus causas o consecuencias. La escritura de mujeres latinoamericanas es para nosotros un espacio diferente, no sólo en cuanto posee rasgos que la distinguen de la escritura producida en otras latitudes, sino en tanto es espacio abierto, rotura en la cual lo igual y lo diverso se juntan y a la vez se separan. Diferencia como espacio de significación expuesto constantemente a la pérdida y acosado por la propia borradura⁸.

En el texto latinoamericano, es la escritura de mujeres la que ofrece metáforas nuevas articuladas en espacios diferentes, espacios que no se fundan en la configuración de los límites, sino que se articulan en el desdibujamiento de sus bordes⁹. Se trata de metáforas que no respetan ni la fundamental división entre lo público y lo privado, ni todas las generalizaciones y divisiones que de ésta se derivan. Pensemos, por ejemplo, en articulaciones del tipo de la que produce Rosario Ferré en “Cuando las mujeres quieren a los hombres”¹⁰, que presenta el (pre)juicio —poderosamente enraizado en Latinoamérica— de que hay dos clases de mujeres, las señoras/ madres/ hijas/ y las otras, amantes/ prostitutas/ queridas/ cortesanas. El mito es tanto más conservador en tanto compromete cuestiones de clase, color y etnia en dicho modelo¹¹. El texto de Ferré enfrenta estos dos modelos y en vez de oponerlos, los entremezcla y busca su articulación, su simbiosis, no la síntesis tampoco, sino la inquietante noción de pérdida del límite y de espacio abierto a la escritura del deseo¹². Lo que Brunner llama “la obsolescencia de las tradiciones” está presente en este texto, no como transgresión y propuesta rupturista, sino como “un descentramiento, una

⁷ “Las escritoras latinoamericanas han sido siempre una sombra, personajes no oficialmente invitados a participar en el oficio de las letras. Designadas como “señoras que escriben”, ellas son sinónimo de la excentricidad” dice, por ejemplo, Lucía Guerra, “Entre la sumisión y la irreverencia”, *Escribir en los Bordes, Congreso Internacional de Literatura Femenina Latinoamericana, 1987* (Santiago, Chile: Editorial Cuarto Propio, 1990): 21-27.

⁸ Ver especialmente Jacques Derrida, “Différance”, *Margins of Philosophy*, trad. de Alan Bass (The University of Chicago Press, 1982): 1-29.

⁹ La noción de “metáfora” está aquí entendida en un sentido más amplio que el de pura figura literaria (aunque no lo excluye). Metáfora en el sentido filosófico que le atribuye Derrida, en cuanto origen y producto de un juego de diferencias que se articulan para producir un espacio de lectura, o mejor dicho, provocar la aparición de una diferencia. Ver Jacques Derrida, “White Mythology: Methaphor in the Text of Philosophy”, en *Margins of Philosophy*, trad. de Alan Bass (Chicago: University of Chicago Press, 1982): 207-271.

¹⁰ Rosario Ferré, “Cuando las mujeres quieren a los hombres”, *Papeles de Pandora*, México: Editorial Joaquín Mortiz, 1976): 37-47.

¹¹ Para un análisis de este tema en Ferré, ver María Inés Lagos-Pope, “Sumisión y rebeldía: el doble o la representación de la alienación femenina en narraciones de Marta Brunet y Rosario Ferré”, en *Revista Iberoamericana* 51 (1985): 731-49.

¹² Ver Roland Barthes, *El Placer del Texto, Lección Inaugural* (México: Siglo XXI, 1985).

desconstrucción de la cultura [latinoamericana] tal como ella ha sido representada” hasta ahora.

La cultura latinoamericana contemporánea ha sido leída como alegoría de la identidad nacional, en la cual las vanguardias serían las que expresan la ruptura con la tradición y la emergencia del proyecto modernizador, es interesante anotar en este contexto que para Gabriela Mistral, en el *Poema de Chile*¹³, “la urbanización y la industrialización, la realidad de la modernización, no ejercen ningún rol [porque] ni una sola ciudad, ni siquiera un pueblo” y menos chimeneas ni fábricas, aparecen en el texto. Para Mistral, Chile es un proyecto en el cual ni el nacionalismo ni lo heroico juegan ningún papel, y en cambio sí lo tiene la búsqueda de la justicia social, la relación del ser humano con la naturaleza y la exclusión a la que el indígena ha sido sometido. En este sentido, el proyecto mistraliano contrasta tremendamente tanto con la gesta heroica que propone el *Canto General* de Neruda, como son el modelo de nación moderna que Paz propone en su análisis. En este texto el espacio privado no se muestra asociado con la esfera de lo doméstico, lo cual crea un mundo “en el cual las mujeres pueden moverse con libertad y autoridad en relaciones que son verticales y maternas y no horizontales y fraternales”¹⁴. El texto de Mistral ha escrito la exclusión como condición inherente al proyecto de la modernidad y lo ha hecho incluso en aquella arista en que el discurso oficial pareció leer lo contrario: al escribir la maternidad. En el texto de Mistral la sujeto se reconoce excluida de un proyecto en el cual el rol asignado a las mujeres es primordialmente el de la maternidad¹⁵: /No saludé las ciudades/ no dije elogio a su vuelo de torres[...]/ ni fundé casa con corro de hijos/¹⁶ escribe Mistral en un texto al que nosotros queremos adherir la lectura de la mujer como elemento excluido del discurso de la modernidad y que funciona como lo que Brunner llama “injerto y alegoría ‘postmodernista’ de nuestra modernidad”¹⁷, ya que el sujeto tiene conciencia tanto del proceso en el que se inserta su experiencia, como de la exclusión de la que es objeto.

Lyotard plantea que, en términos culturales, “un trabajo puede llegar a ser moderno sólo si primero es postmoderno. De modo que el postmodernismo no hay que entenderlo como etapa posterior del modernismo, sino que operando desde su estado primario, este estado [postmoderno] es constante”¹⁸. Según Octavio Paz, el proyecto moderno habría de ser superado por “lo ultramoderno”, después haber alcanzado el ideal moderno, habría de venir una era “todavía más moderna que la de ayer”¹⁹. Respecto de lo cual concordamos con George Yúdice cuando dice que en eso Paz se equivoca, debido a que “hay varias modernidades y que la condición postmoderna no implica la ruptura con ellas, sino precisamente el reconocimiento de que son múltiples, de que no hay un solo modelo ni un solo sujeto que determinan el decurso de la

¹³ Gabriela Mistral, *Poema de Chile* (Santiago: Pomaire, 1967).

¹⁴ Ver el provocativo ensayo sobre *Poema de Chile* que Mary Louise Pratt incluye en “Women, Literature and National Brotherhood”, en Bergmann, Greenburg *et al.*, *Women Culture and Politics in Latin America* (Berkeley: University of California Press, 1990): 48-73.

¹⁵ Respecto a este tema ver mis artículos “Deshilando el mito de la maternidad”, en *Una palabra Cómplice: Encuentro con Gabriela Mistral* (Santiago: ISIS/ La Morada, 1990) pp. 27-35 y “Unraveling the Myth of Maternity”, por aparecer en *The Politics of Power: Gabriela Mistral*, Rick Mc Callister ed.

¹⁶ Gabriela Mistral, “La copa”, *Tala* (Buenos Aires: Sur, 1938).

¹⁷ Brunner, *ob cit.* p. 33.

¹⁸ Lyotard, *ob cit.* p. 79 (mi traducción)

¹⁹ Octavio Paz, “El Romanticismo y la poesía contemporánea”, en *Vuelta 11*, 127 (junio, 1987) p. 26.

historia”²⁰. Una lectura postmoderna de América Latina implica reconocernos en un espacio en el cual la economía transnacional nos ha hecho, a la vez que dependientes, participativos de un modelo cultural del cual no estamos ajenos.

Nuestro trabajo consiste en enfrentar el texto de la mujer latinoamericana con su propio margen y someter a la lectura ese espacio en el que el texto se articula contrastando el texto que aparece con lo que ha sido reprimido, pero que sin embargo tiene una pesada presencia textual. Nos interesa acercarnos al ejercicio propiamente escritural, esto es, al gesto rebelde que es escribir desde mujer, desarrollando una estrategia de desplazamiento capaz de abrirle al texto una posibilidad de lectura que —siendo conflictiva— le permite operar dentro del sistema vigente. El texto de la mujer en América Latina ha desarrollado desde sus comienzos una estrategia de sobrevivencia, o lo que Helena Araujo llama “las tretas del débil”, que no es otra cosa, que un sinnúmero de argucias por medio de las cuales se puede escribir un texto propio, aunque sea en los bordes del texto simulado²¹. El ejemplo de Bombal es clarísimo al respecto: el texto escribe su erotismo en el espacio (auto)censurado del ensueño, o su rebeldía social en el constreñido molde de una mortaja, mientras mantiene con firmeza un sistema de prohibiciones con el cual articula el que aparece como texto principal de sus narraciones, las que así controladas, se subordinan para caber en el sistema²².

La riqueza de esta escritura radica, sobre todo, en la constante tensión que producen las diversas diferencias operando en el texto. La complejidad que asume el conflicto étnico o político, tensionado aquí por el conflicto de género obliga a derrumbar el sistema tradicional de oposiciones binarias. Una textualidad diferente aparece en la escritura de la mujer puertorriqueña enfrentada al poder, donde la subordinación doméstica se entrecruza con la vejación a la cual el hombre es sometido por el dominio norteamericano de la Isla²³. Lo mismo ocurre cuando un texto como el de Pía Barros se escribe a una prisionera política torturada, cuyo poder está en el placer al que su cuerpo vejado es capaz de acceder, de modo que la textura del deseo se expande para desarmar un sistema de oposiciones que opera en nuestra sociedad moderna²⁴. El espacio oscuro y peligroso en el cual deseo y miedo se conjugan es el territorio en el cual se puede dismantelar una diferencia. Recuperar la presencia de lo borrado no hará que el texto pierda la tachadura, ya que queremos mantener una lectura cuya estrategia no sea la de la jerarquización de elementos dentro del texto, aunque para contrastar el peso de lo presente con lo ausente, vamos a poner en el centro de la lectura lo que ha sido dejado afuera²⁵.

Entendemos que el texto y la propia lectura no están ajenos del proceso de desplazamientos que inevitablemente relega el texto de la mujer (latinoamericana) al margen. De modo que nos interesa introducir en nuestra crítica “un movimiento que

²⁰ George Yúdice, “¿Puede Hablarse de Postmodernidad en América Latina?”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 29 (1989) p. 118.

²¹ Helena Araujo. “Las tretas del débil”, en *La sartén por el mango*, ed. P. González y E. Ortega (San Juan, Puerto Rico: Huracán, 1985): 8-19.

²² Sobre este tema ver mi artículo “María Luisa Bombal y Carmen Martín Gaité: una misma estrategia subversiva”, *Mujer y Sociedad en América*, Juana Arancibia, ed. Vol. II (CSUN/ILCII, 1990): 93-100.

²³ Me refiero a “Isolda en el espejo”, en Rosario Ferré, *Maldito Amor* (México: Nueva Imagen, 1986): 130-151.

²⁴ Me refiero a “Mordaza”, en Pía Barros, *A Horcajadas* (Santiago: Mosquito, 1990): 27-31.

²⁵ George Yúdice, “Marginality and the Ethics of Survival”, *Universal Abandon? The Politics of Postmodernism*, Andrew Ross, ed. (Minneapolis: University of Minnesota, 1989): 214-236.

revierta la despersonalización del texto crítico y reintroduzca lo personal, o al menos la posición del crítico, como una manera de diseminar la autoridad y descomponer la falsa universalidad del significado patriarcalmente institucionalizado”²⁶. Nuestra estrategia es perseguir una lectura contaminada, una lectura que se involucre —no para dejar aflorar fácilmente una subjetividad propia— sino una lectura desmitificada que intercepte el texto y acepte el roce de su rugosidad. Rugosidad que molesta mi propia lectura, debido a que lo que leo es aún más complejo que aquello que quiero traer a la superficie. Mi experiencia de lectura sin duda imprime una textura a lo que leo, al tiempo que entra en un juego de aceptación y rechazo con el texto. Lo que resulta de esta lectura es que “las limitaciones y oportunidades impuestas por el género, la raza, o el contexto institucional —tanto por la escritora como por la crítica— no pueden localizarse ni fuera ni dentro del texto, sino que son parte de los efectos del complejo dinamismo de una interacción”²⁷. Por otro lado, no hacemos sino proponer una lectura (interesada), que no pretende ninguna generalización, porque entendemos que “no existe ningún punto de vista desde el cual puedan ser seleccionadas o totalizadas las características [generales] del ser humano, o de la mujer, o incluso de un autor en particular. La unificación y la simplificación son fantasías de la dominación, no [un] entendimiento” [de la complejidad del texto]²⁸.

El presente trabajo toma una postura feminista y se arriesga, sobre todo, a expresar la diversidad como forma de discurso, ya que para nosotros lo precisamente feminista, en los textos de mujeres, es la expresión de la diversidad y la apertura a la diferencia. Un texto de mujer es un texto abierto y rasgado por el conflicto de la mujer con el poder; conflicto que está mediado por el sistema de prohibiciones que afectan su sexualidad.

Si la escritura de mujeres tiene un rasgo común, éste es el “despliegue táctico de recursos que permiten burlar o parodiar la discursividad del colonizador (masculino o/y europeo), infringiendo su legalidad y torciendo su marca de reglamentaciones culturales (Richard, 51)”. De modo que, para nosotros, la crítica feminista no implica un trabajo con nociones esencialistas de “lo femenino”, toda vez que “el texto ha dejado de ser una unidad (orgánica o sistémica) que tiene prisionero un sentido definitivo, [de modo que] la búsqueda de lo femenino como fuerza de organización textual no puede consistir en desocultar claves fijas de una femineidad-esencia [...]”²⁹. Así, nuestra preocupación fundamental será la de dismantelar la cosmética que oculta la historicidad del texto de la mujer, y leer allí no sólo la discriminación genérica, sino también racial, de clase, edad u orientación sexual, en una sociedad determinada y en un período histórico dado. Esto porque el texto de la mujer latinoamericana se hace solidario con otras formas de discriminación. El discurso de la mujer latinoamericana se quiere pluralista, ha expresado la diversidad racial y de clase en nuestro continente, al mismo tiempo que no ha dejado que las posturas ideológicas se hagan cargo de su textualidad³⁰. En el espacio peligroso y sugerente de la diferencia latinoamericana, la escritura de la mujer se quiere cómplice con el indígena, con el pobre, con el

²⁶ Bárbara Johnson, *A World of Difference* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987) p. 4.

²⁷ *Ibíd.* p. 4.

²⁸ *Ibíd.* p. 170.

²⁹ Nelly Richard, “De la Literatura de Mujeres a la Textualidad femenina”, *Escribir en los Bordes*, ob. cit., p. 51.

³⁰ Ver Adriana Muñoz Dálbora, *Fuerza feminista y democracia: Utopía a realizar* (Santiago: Vector/Documentas, 1987).

lumperío. En el despliegue de la representación el texto se plantea, se (des)organiza desde su expulsión de lo dominante y se expone a ser relegado a la omisión y al silencio. Textos de Mistral, Castellanos, Fugillie, Garro, por ejemplo, presentan un marcado proceso identificatorio con el indígena³¹, en tanto que la escritura de Eltit insiste en la herida textual provocada por el lumpen y el sujeto marginal(izado).

En Latinoamérica la relación de un sujeto mujer es tan conflictiva con el poder como lo es con la sexualidad, sobre todo cuando se trata de la propia. La represión ejercida sobre la mujer se manifiesta en el plano social, pero alcanza también el plano simbólico³². Creemos que poder y sexualidad aparecen imbricados en el texto de la mujer latinoamericana más que en ningún otro espacio. Incluso cuando ha querido hacer una alegoría nacional, la sexualidad es el elemento a través del cual se articulan las metáforas posibles: en la novela *Por la Patria* de Diamela Eltit, el texto del deseo se despliega hacia una metáfora incestuosa que se ofrece como liberadora no sólo en cuanto es alegoría de una propuesta nacional, sino sobre todo, desde mi punto de vista, porque concentra en sí el sistema de prohibiciones al que el texto de la mujer ha estado sometido. En el caso de *Bahín Canán* de Rosario Castellanos, como en "La culpa es de los Tlaxcaltecas" de Elena Garro, el texto se abre a la interrogación de una alegoría en la cual lo nacional no es sino un pastiche de exclusiones, el indio, el pobre, la mujer, están excluidos de un proyecto de modernización en que sólo el patriarca participa y que no tiene sentido para el resto, el resto que no es capaz sino de situarse en las márgenes y desandar las barreras que los separan, para simplemente ser, existir, aparecer como presencia culposa que se duele recíprocamente³³.

Lo singular es que esta escritura de mujeres no aboga por el oprimido, ni hace la protesta social tradicional y escribe un relato cuya atracción no es la antinomia, sino la similitud. La escritura de mujeres aparece así como una extraña configuración amorfa, que en vez de salir de la sombra hacia la norma, se injerta en la rugosa aspereza de la raza y de la marginación. Los textos se hacen más complejos en tanto introducen el placer y el erotismo, al ofrecer el cuerpo de la mujer como metáfora de la condición del colonizado: el cuerpo es en ellos un campo de batalla, cuya capacidad de placer libera a la mujer de la violencia ejercida sobre ella y al mismo tiempo la somete a una textualidad culpable, que la condena a la llaga permanente.

En la década de los 80 el despliegue de las luchas feministas y la expansión de su propuesta ha logrado permear la sociedad civil y a sus instituciones políticas. Hoy, parte de las demandas de las mujeres han sido tomadas por otros movimientos sociales, y por gobiernos y partidos. Debemos rescatar esto como un logro y como un desafío³⁴.

³¹ Me refiero a *Tala*, de Mistral, *Oficio de Tinieblas* y *Bahín Canán*, de Castellanos, *Los círculos* de Fugellie, *La semana de colores* de Garro, por ejemplo. Y *La hora de la estrella*, de Lispector, *Lumpérica*, *Cuarto mundo*, *Por la Patria*, *Vaca sagrada* de Eltit. Presenté un trabajo sobre el tema indígena en la escritura de mujeres: "Intersecciones: Mujer/Indígena", en la Conferencia Montclair State University, New Jersey, en 1992.

³² Ver Jacques Lacan, "God and the Jouissance of the Woman", en *Feminine Sexuality: Jacques Lacan and the École Freudienne*, Juliet Mitchell y Jacqueline Rose, eds. (New York: Pantheon, 1982): 137-148.

³³ Para un valioso estudio de la narrativa de mujeres en México y una interpretación que él sigue el modelo de alegoría nacional, para ponerlo en juego con la escritura de mujeres, ver Jean Franco, *Plotting Women: Gender and Representation in México* (New York: Columbia UP, 1989).

³⁴ El Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe se realiza en Bogotá (Colombia) en julio de 1981, asisten 250 mujeres. El II Encuentro se realiza en Lima (Perú) en julio de 1983, asisten 600 mujeres; en 1985 en São Paulo (Brasil) se reúnen mil delegadas al III Encuentro Feminista; participan dos mil en el IV Encuentro realizado en México en 1987. En noviembre de 1990 en San Bernardo

Es claro que las transformaciones culturales de la última década permiten que el medio otorgue libertad a la escritora latinoamericana para tratar, sin censura, temas como la infidelidad, el erotismo y la política, los cuales fueron eludidos por las generaciones anteriores, "la literatura latinoamericana de las más recientes autoras, ha sido capaz de presentar, mostrar y revertir esos mecanismos [del poder] mediante una escritura que interroga, cuestiona y señala los soportes de la conciencia femenina. (15)³⁵.

El derrumbe de las grandes utopías es visible en los textos que nos ocupan. Si hay elementos que los textos de mujeres comparten, éstos serían básicamente la desilusión y el desarraigo. Si queremos un ejemplo patético, lo podemos tener en "Cuarta Versión" de Luisa Valenzuela, donde es la propia escritura la que se desestructura para cuestionarse a sí misma, es el texto el que no acepta ser ordenado siguiendo los parámetros del discurso progresista latinoamericano, particularmente el de la izquierda marxista, que es el que en este caso opera como la "gran narrativa" en curso. La narradora de "Cuarta Versión" intenta describir los hechos ocurridos a consecuencia de la dictadura militar en Argentina y termina relatando la historia de amor de una mujer marginal³⁶. La escritura que se fuerza por aparecer es en definitiva el relato del derrumbe del sueño revolucionario, el texto ofrece su propio contratexto como contradictoria prueba, del desgarramiento escritural que representa hacerse cargo de que las utopías han dejado de tener sentido.

La noción de condición postmoderna resulta, a mi modo de ver, del todo pertinente para entender estos textos. Si hablamos de Postmodernismo en el Tercer Mundo y en América Latina en particular, es porque no entendemos el concepto como una superación de la modernidad, como lo han entendido Sánchez Vásquez o Nelson Osorio, alegando que no se puede hablar de postmodernidad en un espacio en donde la modernidad no se decidió nunca a llegar³⁷. Nosotros vemos el postmodernismo operando como condición inherente al proyecto de modernización que ha regido el discurso dominante del Tercer Mundo a partir del siglo XIX. La cultura postmoderna no implica una etapa de superación que sucede a la modernidad sino que movimiento inherente al proyecto mismo, dentro del cual la pobreza endémica y el subdesarrollo de algunos sectores del planeta aparecen como condición para la viabilidad del desarrollo ulterior del capitalismo, del mismo modo en que opera la exclusión de la mujer del discurso hegemónico de la modernidad. En la fase ulterior del capitalismo el poder está centrado en el acceso al almacenamiento de datos y en el manejo de los

(Argentina) se lleva a cabo el V Encuentro Feminista de Latinoamérica y el Caribe, en el que participaron 3.000 delegadas, allí "el espacio feminista se amplía en múltiples coordenadas. No son sólo las militantes de los partidos, o las representantes de los sindicatos. Van mujeres comprometidas con los Derechos Humanos, con las luchas de liberación de Centro América, [conformando] un feminismo de distintos colores y sabores" (p. 16). No se debe olvidar tampoco que existieron cuatro Congresos Feministas celebrados en las primeras décadas de este siglo en Argentina, Colombia, México y Puerto Rico. Ver Gina Vargas y Estela Suárez, ed. "Desafíos y Propuestas Feministas en el 90", *Mujeres en Acción* 22 (Santiago, Chile: ISIS Internacional, 1990) p. 23.

³⁵ Carmen Berenguer, "Nuestra habla del injerto", *Escribir en los Bordes*, ob. cit. 13-20.

³⁶ Luisa Valenzuela, *Cambio de Armas* (Buenos Aires, 1982).

³⁷ Ver Adolfo Sánchez Vásquez, "Posmodernidad, posmodernismo y socialismo" en *Casa de las Américas* 175 (1989). Acerca de la posición del profesor Osorio, me baso en las citas que de su discurso hace George Yúdice en "¿Puede hablarse de postmodernismo en..." ya citado (p. 106) y en que he tenido ocasión de oír personalmente sus planteamientos.

medios de comunicación de masas³⁸. América Latina no está fuera de este proyecto y su ubicación marginal no es transitoria sino que funciona dentro del modelo, el cual le permite cierto nivel de movilidad. En aquel espacio peligroso y sugerente en el cual los bordes se desdibujan y se expresan las diferencias que han sido reprimidas por el discurso hegemónico, es que situamos la fricción entre feminismo y postmodernidad que es recogida por la escritura de mujeres en Latinoamérica.

Es probable que la crítica al marxismo en Latinoamérica sea una copia europeizante de los intelectuales y nada más que una nueva prueba de nuestra dependencia cultural. Tal vez sea cierto y, sin embargo, también es posible que haya sido el desarrollo autónomo de los movimientos sociales en América Latina el que haya encontrado en su propia historia el desafío de replantearse los modelos prefijados. También es posible que después de tanta muerte y tanto dolor, exista hoy una genuina voluntad de defender la vida y de no ofrecerla en holocausto por causa alguna. Puede ser que sean muchos los que en nuestra América estén ahora convencidos que ejercer violencia sobre las personas es una inmoralidad que no puede repetirse en el continente. A la mujer latinoamericana la década del ochenta la enfrentó con las formas más brutales del autoritarismo y, sin embargo, la dificultosa sobrevivencia también la obligó a escribir el texto de su asfixia. De modo que tal vez hayamos aprendido por cuenta propia que lo único intransable es la causa de los derechos humanos y que todo lo demás es negociable.

³⁸ Sobre este tema ver Lyotard, ob. cit. pp. 65 y ss. En cuanto a Latinoamérica, conviene ver el planteamiento que hace F. Jameson en "El Postmodernismo o la lógica cultural del capitalismo tardío", *Casa de las Américas*, 155-156 (1986), aun cuando nosotros no compartamos su postura en términos generales.